



León Felipe (1884-1968)



POETAS HISPANOMEXICANOS, O LA RADIOGRAFÍA DE UNA GENERACIÓN LITERARIA

Ángel José Fernández*

Varios han sido los hilos conductores para la preparación y hechura del estudio y de la selección antológica de los poetas hispanomexicanos. En primer término, Enrique López Aguilar¹ ha puesto en su sitio los trabajos previos que sobre el tema publicaron Bernard Sicot, Eduardo Mateo Gambarte y, entre otros, Susana Rivera. Los tres, por cierto, preparados en Europa o fuera de México y publicados en España, lo que, de paso, demuestra un interés por este grupo de escritores mexicanos (aunque españoles por origen familiar y nacimiento) y muestra además, por motivos de lejanía y dificultades de tipo informativo y bibliohemerográfico, sus cortedades y limitaciones, así como desde luego sus méritos y valores indudables. Caído el “muro” del franquismo, parece que todo pasará sin problemas a la historia.

Así, a lo largo del extenso estudio realizado por López Aguilar, lo que éste ha hecho es revitalizar esos valores, complementarlos y, también, ofrecer nuevas y valiosas contribuciones, aprovechando el profundo conocimiento que ha adquirido sobre el tema, un tema, por lo demás, poco tocado por la crítica de nuestro tiempo y nuestro país. Antes de continuar, aclaro lo siguiente: en ningún momento se ha negado la importancia de los antecedentes, su oportunidad y natural repercusión para el estudio específico de este grupo de poetas (inscrito, a su vez, dentro la Generación del Medio Siglo de las letras mexicanas); todo lo contrario: sólo gracias a estos trabajos “pioneros” es que de un tiempo a esta parte ha cobrado interés el es-

* Universidad Veracruzana.

¹ Enrique López Aguilar, *Los poetas hispanomexicanos. Estudio y antología*, vol. XXXV, ensayo núm. 22, México, UAM-A / Ediciones Eón, , 2012, 443 pp.

tudio de estas voces y estas obras creadas y pensadas en México, en tanto que ha sido la tierra de adopción. La tierra nueva con raigambre y retoños.

Lo primero que ha hecho López Aguilar en su estudio, luego de tratar sobre el estado de la cuestión, y de revisar los aportes de quienes lo han antecedido en el tema, ha sido abordar el peliagudo problema del exilio y, sobre todo, sus múltiples facetas y contenidos axiológicos y ontológicos. Y es que el grupo ha tenido, en lo general, antecedentes involuntarios y, en particular, problemas que resolver en torno a las circunstancias previas. Su presencia en México obedece a un compromiso ideológico ejercido por parte de sus mayores, y esto por causa de una lucha armada, la Guerra Civil Española (1936-1939), en la que no participaron, por la razón universal de que entonces eran niños; y, en último término, a que no les tomaron parecer alguno, ni para bien ni para mal. Los hijos de los exiliados españoles sufrieron, pues, las consecuencias como la pérdida de la patria o de la familia; tuvieron que soportar el tránsito, el hambre, la pérdida del hogar; algunos la estadía nunca grata en campos de concentración, y todos, y por motivos ajenos a su edad y condición, el peso inolvidable de la carga emotiva de su identidad y el destierro.

Y hay en todo este lío una coincidencia curiosa: llegaron a México, solos o con familia; pero a instalarse en una atmósfera o dentro de una burbuja española; en lo que don Enrique de Rivas ha denominado en los “tiestos”. Seguían viviendo, dentro de casa, en la España de sus padres, en torno a lo que éstos supusieron siempre como un estado perentorio, temporal, de excepción (muchos de sus familiares mayores atravesaron su vida en torno a la conjura, con el deseo expreso en alguna frase parecida a la siguiente: “este año que viene ha de caer Franco y entonces volveremos a casa”).

Y, claro, padres, hijos, parientes, vivieron en torno y dentro de “la España artificial”. Por eso la mayoría de estos hijos del exilio se educaron en las escuelas e institutos que los viejos republicanos fundaron para perduración de lo hispano: el Instituto Luis Vives, la Academia Ruiz de Alarcón o el Colegio Madrid, hasta que los muchachos crecieron y estuvieron listos para ir a la Universidad. La calle y la Universidad han educado a estos poetas hispanomexicanos y son, por ello, mexicanos, si hispanos.

López Aguilar ha contado para la realización de este trabajo con la guía de tres profesores pertenecientes a esta generación, los tres ensayistas, dos de ellos poetas aquí representados en la antología y el estudio: Carlos Blanco Aguinaga, Federico Patán y Arturo Souto

Alabarce. El profesor Souto Alabarce, que además de erudito es autor de cuentos, ha dado a López Aguilar, por medio de entrevistas y conversaciones, algunas pautas y estímulo constante. Entre don Carlos Blanco Aguinaga y López Aguilar se ha establecido un diálogo, desde La Jolla, California, a la Ciudad de México, a través del correo electrónico. Mucho ha contribuido este ingente epistolario cibernético para el perfeccionamiento y la hondura del ensayo crítico. Y Federico Patán, que ha estado a ojo del amo, y que ha hecho magnífica supervisión a lo largo de todo este meticuloso, lento y bien logrado ensayo.

Entro en materia. Llama la atención la forma en cómo se ha constituido el grupo de los poetas hispanomexicanos. Los puede unir, por ejemplo, la constancia en la escritura en verso. Trece han manifestado constancia y buena cantidad de manuscritos, libros e incluso compilaciones de sus obras. López Aguilar, además, incorporó en su estudio y selección otras cinco voces, en tanto que han escrito versos sólo de manera esporádica, aleatoria, accidental o bien, debido al impulso juvenil: son las “cinco aves de paso”: Inocencio Burgos (nacido cerca de Pola de Siero, en Asturias, y muerto en México); Alberto Gironella (nacido y muerto en México), el catalán Francisco González Aramburu (nacido en Barcelona, radicado —y en acción todavía— en la Ciudad de México); el gallego Víctor Rico Galán (nacido en El Ferrol y muerto en esta capital); y el madrileño Roberto Ruiz, que luego de llegar a México y vivir aquí se marchó a Estados Unidos de Norteamérica, en donde radica desde hace varias décadas.

Los trece poetas que consolidan al grupo hispanomexicano pueden asociarse por grupos de edad: en subgrupos “tetranuales”, como la ha hecho en trama curiosa el investigador López Aguilar; por sus maestros en la poesía: trátase de León Felipe o de Emilio Prados; por su don de lenguas (estos poetas han sido lectores en otros idiomas, incluso algunos traductores de escritores y poetas de otras latitudes; alguno por allí es poeta trilingüe) y, claro está, se han unido muchos de ellos gracias a las revistas literarias en que siendo aun muy jóvenes comenzaron a darse a conocer —o incluso fundaron— dentro de las letras mexicanas.

Así, podemos ver que Luis Rius, al fundar la revista *Clavileño* en 1948, atrajo a sus colegas simpatizantes de León Felipe: Víctor Rico Galán, Arturo Souto, Alberto Gironella, Inocencio Burgos, Juan Espinasa y Manuel Durán; que Jomí García Ascot, al promover la revista *Presencia*, en ese mismo año (en aquel mismo año ci-

tado y hasta 1951) compartió este espacio editorial con otros compañeros, seguidores todos ellos de Emilio Prados, como Carlos Blanco Aguinaga, Manuel Durán, Francisco González Aramburu, Ramón Xirau, Roberto Ruiz, Tomás Segovia, Luis Rius, Alberto Gironella o Inocencio Burgos. Tomás Segovia marchó en este sentido más en solitario; Tomás no sólo era *el poeta*, como hace apenas unos meses, a propósito de su fallecimiento, recordó su hijo Rafael, también fue editor.² El joven poeta Tomás Segovia fundó en 1948 —y casi para sí mismo— su revista *Hoja* (que mantuvo hasta el año siguiente), y en donde publicó textos de sus correligionarios y amigos Durán, Gironella y Rivas, y en donde propuso incluso editar libros completos bajo el sello de Publicaciones de la revista *Hoja*, como ha sido el caso de *Primeros poemas* de Enrique de Rivas, una auténtica rareza bibliográfica. El profesor Arturo Souto Alabarce fundó por su parte, el año 1951, la revista *Segrel*, en donde se reprodujeron trabajos de Rius, Gironella, Segovia y del mismo Souto. Dos años más tarde, en 1953, apareció la revista *Ideas de México*, que dirigió en su última época José Pascual Buxó. Indudablemente, *Ideas de México* fue la primera revista “profesional” del grupo de poetas, aunque ofreció su espacio a los demás escritores mexicanos: poetas, narradores, críticos, pensadores y traductores. En *Ideas de México* fueron incluidos textos de Souto, Espinasa, Rodríguez Chicharro, Burgos, Segovia, José de la Colina y de José Pascual Buxó. Creo que *Ideas de México* cargó con la intención, acaso al trote llano, de “integrar” a propios y no tan extraños a las corrientes de la literatura mexicana y al pensamiento nacional, que no nacionalista.

Si se revisa en perspectiva la actividad editorial de muchos de los miembros del grupo de los poetas hispanomexicanos, podrá observarse que hubo una especie de despliegue que partió desde lo sectorial y de ahí se proyectó hacia lo transnacional, es decir, que el grupo, conforme avanzaba cada uno de sus integrantes en la formación académica y en sus especialidades, se iba despojando de lo estrictamente hispano hacia lo meridianamente mexicano y lo universal. Muchos de los poetas se fueron de la capital mexicana, unos hacia el interior, a la provincia, y otros más se fueron a trabajar o vivir al extranjero. Sirvan de ejemplo Blanco Aguinaga, Ruiz y Durán, quienes lo han hecho en forma prolongada; y otros, como Pascual Buxó, Rodríguez Chicharro, Perujo, Muñiz-Huberman, Se-

² Rafael Segovia Albán, “En la familiaridad de la poesía”, en *Letras Libres*, México, diciembre de 2011, núm. 156, pp. 66-67.

govia, García Ascot, etcétera, que han salido y vuelto a sus casas de México. Muchos se han ido a radicar a diversos sitios de la geografía norteamericana y europea, en donde se han destacado, sobre todo, en el campo de la cátedra o el trabajo intelectual; Francisca Perujo y Enrique de Rivas han radicado en Italia (en Florencia la primera; en Roma el segundo); Segovia compartió domicilio durante los últimos años de su existencia en Francia o España y México.

Gerardo Deniz ha sido, además de poeta, letrado, filólogo, crítico y melómano; Francisco González Aramburu, traductor; César Rodríguez Chicharro y José Pascual Buxó se han desempeñado como editores, traductores, comentaristas de textos, y han sido excelentes profesores, investigadores y humanistas; García Ascot fue publicista, guionista, actor, cineasta, musicólogo, gigoló; Segovia era traductor, además de narrador y dramaturgo; Alberto Gironella fue, sobre todo, pintor y narrador; Nuria Parés ha sido modelo de pintores, guitarrista concertista y profesional, y también ama de casa; Roberto Ruiz, novelista; Carlos Blanco Aguinaga, el filósofo del exilio, novelista y crítico, además de historiador y sociólogo de la literatura; Angelina Muñiz-Huberman “primero fue narradora, ensayista, traductora, investigadora y docente”, luego ha explorado en la poesía; Rico Galán, cómo no recordarlo, además de activista político fue extraordinario periodista (será imposible concebir mi infancia sin los artículos que, puntualmente, don Víctor publicaba cada semana en la revista *Siempre!*, y que leía yo en la peluquería, junto con las revistas *Jajá* o *Casos de Alarma*); Inocencio Burgos, además de santo bebedor y poeta, fue dibujante y pintor de formación autodidacta; Luis Rius fue catedrático y teórico de la literatura; Enrique de Rivas ha sido funcionario e historiador literario, y practica una poesía de tema y estilo culto, con reminiscencias clásicas; Manuel Durán, ha sido catedrático y, como Rodríguez Chicharro, excepcional cervantista. Federico Patán ha combinado la cátedra con la traducción y el periodismo literario. En fin, una señora generación que ha pasado a las grandes ligas de la República de las Letras Mexicanas.

Sin afanes ni retos menendezpelayanos por mi parte, puede decirse que, además de las improntas de León Felipe y Emilio Prados, que ya han sido señaladas por el crítico, y que se han dado, quizás a través de las marcadas influencias ejercidas por Prados, en la poesía del grupo parece perdurar la mensajería poética, el tono, a lo mejor la nostalgia de Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, y más de éste que de aquél, tal como ha operado en los poetas de allende la

Península e inmediatamente anteriores a los de la generación hispanomexicana, como también en sus contemporáneos estrictos —a ultramar de distancia— y como en las de las generaciones denominadas Escindida, de la Posguerra española o incluso de los años cincuenta.

Las voces de Juan Ramón y Machado parecen impulsar nuevos registros, con diversas intenciones y adaptaciones. Lo digo sin maldad pero también sin pudor. Estos dos monumentos del lenguaje han contribuido como acompañantes en la orfandad y, de pronto, frente a los estímulos del nuevo arraigo. Sin estos poetas, quienes han aportado un eje tonal propio, que ha sido adaptado por algunos, en todo caso, aparecen las improntas, y como una presencia acendrada que supera todo facilismo, y más como un parentesco sin patria y sin patrimonialismo malintencionado.

Además de la subagrupación tretranual ya señalada, en la que ha insistido López Aguilar, a partir de las preferencias y espacios de publicidad y divulgación, ha habido, en el campo de la crítica y en el de la necesaria confrontación, dos espacios antológicos propiciados por integrantes de su generación. Me refiero a la *Antología de Mascarones*, que preparó Julio C. Treviño, y a la que, bajo la dirección de Francisca Perujo se publicó en Santander, y que es conocida como *Antología de Peña Labra*. En estos espacios, uno dado durante la primera juventud y otro ocurrido en plena madurez, ya ha habido la conciente intencionalidad de asumirse como integrantes de la literatura mexicana y como grupo, que poco, o muy poco, se asemejan con sus conterráneos peninsulares.

A estas voces aquí representadas, habría que agregar la de Ramón Xirau, que ha escrito su poesía únicamente en catalán.

Generación curiosa ésta de los poetas hispanomexicanos: tienen un pasado común y un puñado de añoranzas idénticas, o a lo menos parecidas; y sin embargo han pasado a pertenecer a la literatura mexicana como voces autónomas y como individualidades de indiscutible calidad.